

Belisario Betancur, humanista

Ricardo Zuluaga Gil

**“He sido siempre un profesor, un hombre de palabra y de palabras, un artesano del verbo que se deleita con su materia prima y que, alrededor de la palabra oída, leída y conversada, ha pasado la mayor parte de sus vigili-
as.**

Una vida alrededor del linotipo y la galera, del libro y del palique, del aula y el foro, es una vida plena de diálogo, llena de aprendizajes que no terminan”:

Belisario Betancur.

1. Desde la infancia

Belisario, bajo la orientación de misiá Rosario Rivera, cursó sus primeras letras en la escuela rural de la vereda El Morro de la Paila en Yaurumal, su pueblo natal, y de la mano de los profesores David Velásquez y Delfina Zuluaga Botero, prosiguió los estudios primarios en la escuela urbana de la localidad, aunque en ese plantel tuvo que repetir el quinto año un par veces, porque no había más grados para cursar en el municipio, tal como él lo rememoraría años después:

El paso del campo a la ciudad lo hice por etapas: primero fue el viaje del campo a la aldea que era entonces Amagá, al comienzo de los años treinta, y significó dejar el trabajo en los cafetales del abuelo y en la recua de mulas de mi papá; pasar de la escuela rural alternada donde misiá Rosario Rivera nos enseñaba a hacer planas de escritura con la letra barroca que conservo; pasar de las travesuras de los juegos elementales por los árboles y por los trenes que cruza-



Casa Natal. Morro de la Paila (Amagá).

ban la vereda, a la escuela pública urbana con excelentes maestros y buenos libros elementales, y a una cierta aproximación incipiente a la literatura con el poeta del pueblo, quien se convirtió más tarde en un excelente periodista en Panamá¹.

Pese al ambiente de precariedad general, un inesperado giro del destino ocurrido en 1930 jugó un papel determinante en el futuro de Belisario. Ese año se desmoronó la envejecida y oxidada Hegemonía Conservadora que desde 1886 orientaba los destinos de un país que entonces era profundamente parroquial y averso a la modernidad y los gobiernos de la República Liberal que la sustituyeron abrieron puertas y ventanas, de la sociedad se evaporó el olor a alcanfor y a naftalina, se despejaron nuevos horizontes y

perspectivas para los colombianos y, por supuesto, la educación se vislumbró como un instrumento esencial para la modernización. Por eso, a partir de 1934, el gobierno de Alfonso López Pumarejo presentó el programa Bibliotecas Aldeanas, cuya ejecución le correspondió al intelectual antioqueño Luis López de Mesa, ministro de Educación, quien comprendía bien las necesidades del país en los ámbitos cultural y educativo. Asimismo, impulsó una política encaminada al esclarecimiento de la conciencia nacional.

El ministro pensaba que la población requería entender el saber y las ideas contenidas en los libros, y aunque era un proyecto costoso, consideró fundamental su ejecución para aumentar “el nivel cultural de las masas populares del país”. Por lo tanto, la difusión de materiales

¹ Rivero, Mario. (2002). Entrevista. *La Hoja*, 3.

literarios fue una tarea prioritaria en los programas educativos de ese gobierno, eso permitió que a pueblos remotos como Amagá llegaran valiosas dotaciones de libros, entre ellos *Las obras maestras al alcance de los niños*, una importante colección editada desde comienzos del siglo XX por la editorial española Araluce. Se trataba de ediciones bellamente ilustradas de los grandes clásicos de la literatura, cuyo contenido era adaptado a la infancia y a la juventud con el criterio imprescindible de que cada texto debía mantener la esencia de los personajes, los episodios y el estilo, para conservar el espíritu de la obra original. Gracias a esa iniciativa, Belisario, a pesar de estar inmerso en un ambiente pueblerino, tuvo la oportunidad de aproximarse a la literatura, especialmente la griega y la latina, ya que disponía de las obras que el Ministerio adquiría y enviaba a las diferentes escuelas.

Ante la imposibilidad de adelantar el bachillerato en su pueblo natal y aconsejado por su tío materno Apo-



Ana Otilia Cuartas y Rosendo Betancur, padres.
Archivo vertical Belisario Betancur. Sala Antioquia.

linar Cuartas Sánchez, que desde 1931 hacía parte de los misioneros de Yarumal, Belisario decidió ingresar a ese seminario, un proceso que él mismo relató cuando le prologó un libro a su buen amigo Jaime Sanín Echeverri:

A un tío recursivo se le ocurrió que debía a ir a Santa Rosa de Osos a ver a monseñor Builes —ya en ese entonces un personaje mítico—, y decirle que yo tenía vocación religiosa, para estudiar gratis en el Seminario de Misiones de Yarumal. Me lancé, con desparpajo grande para mi edad, a ver a monseñor, quien inmediatamente fue al grano y me preguntó en paisa: «Mijo, ¿y usted si tiene vocación?». Yo le contesté: «No, excelencia; pero mi tío me aconsejó que le dijera que sí». A lo que él comentó, de nuevo en paisa: «Noliase. El comer y el rascar, el trabajo es empezar. La vocación ya le vendrá»².

La institución a la que iba a ingresar el joven Belisario había sido fundada pocos años antes, en julio de 1927, por el obispo Miguel Ángel Builes, prelado de Santa Rosa de Osos, que tomó la decisión de crear en América el primer seminario para formar sacerdotes misioneros que evangelizaran en distintas regiones de Colombia y el mundo. Por esa razón, el jerarca estaba reclutando aspirantes en los distintos municipios de la católica región antioqueña.

² Sanín Echeverri, Jaime. (1988). *El obispo Builes*. Bogotá: Géminis.

En esa institución, ubicada muy lejos de su casa, Belisario estudió becado parte del bachillerato y tuvo la oportunidad de descubrir su amor por la poesía y por la botánica de Humboldt, Bonpland, Mutis y Caldas, así como estudiar bien las doctrinas sociales de la Iglesia, gracias a lo cual en esa época le nació ese pensamiento social que iba a destacar en su accionar político en los años por venir. Pero, sobre todo, de esos días de vida de claustro le quedó el gusto por la cultura y las humanidades, pues en esa época, para aspirar al sacerdocio, era preceptivo estudiar las lenguas clásicas (latín y griego) y aprender canto gregoriano, una experiencia que él mismo relató, así:

Me encontré con dos agradables novedades en mi estudio; largas horas de latín y griego, idiomas en los que era muy bueno, y la clase que más me gustaba, con el padre García, la de música, en la que cantábamos a Monteverdi y, sobre todo, a Palestrina, mi preferido. La música gregoriana se me convirtió en una verdadera pasión; sentía placer cantando en latín las serenas composiciones con nombre como Pange lingua, Stabat mater, la misa de Angelis, la de difuntos, cuyos significados apenas si empezaba a comprender³.

Pero ese proceso duró poco, porque a Belisario lo expulsaron del semina-

rio y tuvo unos días de errancia entre su natal Amagá y Medellín. Pero poco tiempo después tuvo la oportunidad de conocer a monseñor Manuel José Sierra, rector de la recién fundada Universidad Católica Bolivariana y ese eminente prelado le escuchó al joven su historia y sus penalidades y decidió concederle una beca de estudio para que pudiera terminar su bachillerato. Luego, como reconocimiento a su buen desempeño académico, la beca le fue ampliada, de tal manera que, además de las matrículas, también cubría la alimentación y el alojamiento del entusiasta estudiante. En contraprestación, él debía prestar algunos servicios en la Universidad, concretamente le correspondió ayudar en la biblioteca, lo que se convirtió en una magnífica ocasión para que el inquieto estudiante siguiera adentrándose en la cultura universal.

Mientras estudiaba en la Bolivariana pudo acceder a su primer trabajo: linotipista de Generación, el suplemento cultural del *El Colombiano*. Para desempeñar ese oficio lo recomendaron sus amigos Otto Morales Benítez y Miguel Arbeláez Sarmiento y él comenzó a ejercerlo desde antes de terminar su bachillerato. Pero dado que era un buen lector y un hombre inteligente, más adelante comenzó a adiestrarse en los quehaceres del periodismo en ese mismo diario, gracias al apoyo que en secreto le brindó Morales Benítez para que escribiera sus primeras líneas en la sección Ecos

³ Sanín Echeverri, Jaime. (1988). *El obispo Builes*. Bogotá: Géminis.

y comentarios, pero sin firmarlas. Luego fue respaldado por Fernando Gómez Martínez, su profesor de derecho constitucional y gran maestro en periodismo; mientras que otros dos amigos, Jaime Sanín Echeverri y Alberto Acosta, lo promovían frente a Julio Hernández, el gerente de ese medio.

Pero la capacidad de trabajo de Belisario era tanta, que el tiempo incluso le alcanzaba para publicar notas y reseñas literarias en la revista institucional de la Universidad Bolivariana, un medio en el que comenzó a colaborar en 1942 y lo hizo regularmente durante cinco años más, en especial dando cuenta de las novedades editoriales en materia poética. Incluso publicó la separata



Dibujo a lápiz. Gustavo Jaramillo

Los Poetas de la Colonia, en la que registró textos de siete bardos, así como algunas poesías anónimas. Es más, fue en esa revista en la que por primera vez dio rienda suelta a sus entusiasmos literarios y en el número 44 de 1946, divulgó dos cuentos de su propia cosecha: “Media vuelta a la derecha” y “Aigualinda”. El primero de ellos, bello y evocador, da buena cuenta de la habilidad que para las letras mostraba ya el joven Belisario; en tanto el segundo de los relatos es altamente autobiográfico.

Y resulta lógico que una persona con esa clase de intereses y destrezas se insertara muy rápido en el rico y vivificante ambiente cultural que se vivía en la Medellín de los años cuarenta del siglo XX. Es que a pesar de que la urbe era casi una aldea que escasamente llegaba a los 200.000 habitantes, la mayoría de los cuales difícilmente había superado la primaria, en ese momento la ciudad gozaba de un movimiento cultural efervescente al calor del cual se propició la formación de literatos, artistas y pensadores, muchos de ellos ligados por unos vínculos de amistad que perduraron a lo largo del tiempo, así pertenecieran a distintas banderas políticas o incluso a distintas generaciones. Así pues, en el ambiente cultural de la Medellín de ese momento sobresalían pintores como Pedro Nel Gómez, Eladio Vélez y Débora Arango, en tanto un joven Fernando Botero esbozaba



sus primeros trazos. Por otro lado, el ambiente cultural de la ciudad lo agitaban poetas de la talla de León Zafir, Tartarín Moreira, Carlos Castro Saavedra y Édgar Poe Restrepo, con este último Belisario mantenía un programa dominical nocturno en Ecos de la Montaña: *El palacio de cristal*. Había también escritores muy promisorios, como Manuel Mejía Vallejo y Jaime Sanín Echeverri, y escultores como José Horacio Betancur y Rodrigo Arenas Betancur. Mientras tanto, en la música descollaba José María Bravo Márquez, a la vez que Alberto Acosta, Otto Morales, Alberto Aguirre y Hernando Agudelo Villa, con sus crónicas y ensayos, ayudaban a darle brillo a esa generación sobresaliente en la que incluso había filósofos como Fernando González, René Uribe Ferrer y Abel Naranjo Villegas. Y no faltaba hasta un antropólogo, Graciliano Arcila Vélez, que como Belisario, había nacido en Amagá.

Muchas de esas mentes iluminadas gravitaban en torno a las numerosas y animadas tertulias que se llevaban a cabo en la ciudad, a las que asistía Belisario con asiduidad y en las que se discutía de literatura y de artes plásticas. Años después, él recordaba con especial afecto la que realizaba, en su casa de la calle Cuba, Paulina Posada de Escobar, dama que animaba esos encuentros con espíritu generoso «a base de chocolate caliente a media noche y con mucha parva», según lo recordó alguna vez él mismo. Igualmente, conservó un grato recuerdo de la que dirigía José María Bravo Márquez, dedicada a la música y en la que participó con Rosa Elena, su esposa. E incluso hizo parte ocasional de la de Mariluz Uribe, en la que se debatía sobre filosofía y esoterismo. También participó en la tertulia El Bosque, orientada por los médicos y escritores Emilio Robledo y Alonso Restrepo Moreno

y por el futuro empresario Germán Montoya Vélez, que deseaban así acercarse a la literatura. Estaba también la de Ricardo Uribe Escobar en su casa de La Playa, la del Liceo de la Universidad de Antioquia, la del Negro Cano, la de la librería La Candelaria, la de *El Colombiano* y, por supuesto, la de la Biblioteca de la Universidad Bolivariana, de la que lógicamente Belisario era uno de los principales animadores. También hizo parte de la radio revista *Greda*, en la Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia, que impulsaba con un grupo de amigos denominado *La Tertulia de los Seis*, en la que se reunía con sus más allegados y queridos camaradas del mundo de la cultura: el escultor Rodrigo Arenas Betancourt, el caricaturista Hernán Merino, los poetas Jorge Montoya Toro y Octavio Gamboa, y el periodista Eddy Torres, con quienes se juntaba a escuchar música y a conversar de arte y literatura.

No resulta extraño que desde entonces, Belisario, que tuvo la fortuna de acceder a ese ambiente privilegiado, trabara platónica amistad con los que en ese momento eran los autores de mayor preferencia literaria: Proust, Kafka, Novalis, Husserl, Heidegger, Neruda, Vallejo y Rilke, entre otros, cuyas obras resultaban una completa novedad en una Medellín que era todavía una pequeña villa. Pero en esos espacios también había lugar para lo más sobresaliente de la literatura nacional, un momento en

el que sobresalían los miembros de la generación Piedracielista: Eduardo Carranza, Guillermo Valencia y Jorge Gaitán Durán; e igualmente los Cuadernícolas, menos conocidos y más efímeros que los anteriores.

2. Un humanista antioqueño en Bogotá

Belisario, por razones laborales, se trasladó a Bogotá y su llegada a



esa ciudad fue ocasión para seguir cultivando su gusto por la poesía y por el arte, razón por la que asistía a los lugares donde se reunían los intelectuales: “En los ratos de ocio

bajaba al café Automático, punto de reunión de la bohemia y la poesía. Por una de esas casualidades que solo ocurren en las telenovelas, El Automático quedaba en un edificio de la avenida Jiménez con la carrera sexta, precisamente debajo de mi oficina. Como se ve, estaba predeterminado. ¡Así, cualquiera!"⁴. También asistía a tertulias como La Central y La Gran Colombia, y en ellas coincidía con artistas, políticos y eruditos como Jorge Zalamea, Héctor Rojas Herazo y León de Greiff, además de pensadores de izquierda como Gerardo Molina Ramírez, a quien, en una muestra del pluralismo, Belisario siempre contó entre sus amigos. En Bogotá, a lo largo de los años trabó amistad con Pedro Gómez Valderrama, Rafael Maya, Eduardo Carranza, Jorge Rojas, Laura Restrepo, María Mercedes Carranza y también fue amigo de maestros de la pintura como Enrique Grau y Alejandro Obregón.

Una nueva oportunidad se le dio en 1948, cuando Alberto Lleras Camargo fue nombrado secretario general de la OEA en Washington y decidió vender *Semana*, la revista que había fundado dos años atrás junto con Abdón Espinosa Valderrama. Los nuevos dueños llamaron al intelectual Hernando Téllez para que asumiera la dirección, quien buscó en Londres a Eddy Torres para que ayudara en el

proyecto. Eddy, por su parte, sugirió el nombre de su amigo Belisario para ser llamado a colaborar en el semanario. Ese nuevo destino laboral se constituyó en una gran oportunidad para Belisario, porque tuvo la ocasión de trabajar al lado de Téllez, que era un poeta del ensayo y un gran artesano del idioma, reconocido por manejar con gran sobriedad y eficacia el lenguaje, condiciones que lo ubicaron, en calidad de traductor, comentarista, cuentista, ensayista y crítico literario, como uno de los escritores más completos de su época. Él, además, introdujo a Belisario en la literatura francesa, especialmente en la obra de Albert Camus, le dio las claves para que pudiera conocerlo, como era el deseo de este antioqueño joven y perseverante. Ese encuentro, en efecto, ocurrió durante el primer viaje de Belisario a París, cuando se reunió con él en el Café de Flore, mítico lugar de la capital francesa en el que entonces, como ahora, se reúne lo más selecto de la intelectualidad gala.

A inicios de los años sesenta, a la par con la actividad política, Belisario comenzó a darle rienda suelta a sus sueños de humanista, entre los cuales el más significativo fue una iniciativa político-cultural creada en 1961 con Luis Carlos Ibáñez, un exiliado paraguayo. Se trata de Ediciones Tercer Mundo, un proyecto cuyo nombre era toda una declaración de principios, dado que se trataba de un

⁴ Betancur, Belisario. (1994). *Declaración de amor: del modo de ser antioqueño*. Bogotá: El Navegante Editores.



Algunos de los más de veinte libros que publicó Belisario Betancur: *El viajero sobre la tierra* (1963); *El homo sapiens se extravió en América Latina* (1990); *Declaración de amor: del modo de ser del antioqueño* (1994); *Poemas del caminante* (2005).

término de reciente aparición acuñado por el francés Alfred Suavy, quien así identificó un grupo de países, previamente colonias, que no compartían ni las ideas estadounidenses ni las soviéticas, tal como lo señaló en un artículo publicado en 1952 en la revista *L'Observateur*. Cada uno de ellos solicitó un préstamo de 10.000 pesos colombianos en el Banco de Bogotá y con ese capital se lanzaron a ese proyecto en el que el primer texto editado fue *El método psicoanalítico* de Erich Fromm, autoría del psiquiatra José Gutiérrez Rodríguez, otro entusiasta de los libros que decidió ingresar como tercer socio de la empresa, pero quien finalmente se fue del país, por lo que Belisario le compró las acciones, que luego vendió a Fabio Lozano Simonelli.

El proyecto nació enfocado en la reflexión y el estudio de los

principales problemas nacionales; por esa razón, durante sus cuarenta años de actividad, entre 1961 y 2001, la editorial se caracterizó por la publicación de libros dedicados a las ciencias sociales y la literatura, así como por difundir el pensamiento regional y ser un servicio editorial para América Latina, según señalaba su lema. Y lo hicieron con tal rigor, que con el paso de los años la editorial llegó a adquirir un prestigio y un mercado notables, comparables a los que posee en México el Fondo de Cultura Económica. Es que sus fundadores se propusieron consolidar a Tercer Mundo como un referente del espacio editorial y cultural colombiano, donde llegó a ser un sello trascendental, porque desde su creación sus dueños desplegaron una serie de estrategias comerciales que les permitieron

conquistar de manera rápida y efectiva el mercado editorial colombiano de la época. Para ello contaban con agencias en las principales ciudades del país, posteriormente, comenzaron su expansión en Latinoamérica, Estados Unidos y Europa, entre otras razones, porque, además de la publicación de libros, tarea fundamental del sello fue distribuir otros fondos, de tal manera que en el inventario de la librería se encontraban obras de las editoriales hispanoamericanas más importantes: Fondo de Cultura Económica, Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba) —de la que tenían la distribución exclusiva en Colombia—, Suramericana, Paidós, Seix Barral, Losada y Siglo XXI, por mencionar algunas con las que estaban en sintonía ideológica y editorial, pues eran sellos que se preocupaban por los problemas del continente y se podía crear con sus catálogos una verdadera enciclopedia de la cultura americana.

Obtuvieron el primer logro editorial de forma casi inmediata con la publicación, entre 1962 y 1964, de los dos tomos de la notable obra *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, autoría de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. Luego inauguraron la publicación de sus colecciones con la aparición de su importante serie Narrativa colombiana contemporánea, que con trece títulos lanzados hasta 1967 certificaba la

necesidad de renovación y cambio dentro de las letras colombianas; por eso en ella se publicaron autores como Héctor Rojas Herazo y Gonzalo Arango, y se dio a conocer a Fanny Buitrago. Fue una colección que se presentó en formato de libro de bolsillo, en rústica, papel bond ahuegado y un precio de venta promedio de 16 pesos. En ella se publicaron los tres principales géneros narrativos —seis novelas, dos libros de cuento, un libro de viajes y uno de crónica—, dos libros de dramaturgia y un libro clasificado por la editorial como humorismo. Cuatro de los libros eran ilustrados o incluían fotografías en su interior, solo uno superó las 300 páginas y las novelas tenían el precio más elevado, entre 17 y 25 pesos colombianos.

Posteriormente, el catálogo de la librería alcanzó dieciséis colecciones temáticas, como *El dedo en la herida*, dirigida por el propio Belisario y de la que el poeta Gonzalo Arango llegó a decir que era una serie: “Beligerante, desafiante, constructiva. Aplicará una saludable dosis de sal en la herida de que muere nuestra vieja cultura política y literaria. Esa herida solo será posible sanarla por el dolor”. También editaban Cuadernitos para que despierte el leñador, que tenían un enfoque político, económico, histórico, sociológico y literario. Otra serie muy significativa fue *Aventura del desarrollo*, dedicada a estudiar el subdesarrollo de los países

latinoamericanos, con énfasis en Colombia. Más adelante dejaron de publicar la mayoría de esas series y comenzaron a reimprimir y reeditar títulos de mucho éxito, algunos de los cuales llegaron hasta una décima reimpresión en menos de diez años. Esta producción de *best sellers* se reflejó, principalmente, en la colección de Manuales universitarios y en los libros de bolsillo. En Manuales, por ejemplo, aparecieron obras como *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, de Indalecio Liévano Aguirre, publicado en 1966 que para 1978 contaba con siete reediciones; y los tres tomos de *Las ideas liberales en Colombia*, de Gerardo Molina, editada en 1974 que en 1978 alcanzaba la séptima edición. Otro caso ejemplar fueron las populares novelas del escritor bogotano Álvaro Salom Becerra, que se siguieron reimprimiendo con el sello de la editorial después de su cierre.

Posteriormente, el proyecto se vio impulsado por la apertura de la Librería Tercer Mundo, ubicada en la carrera séptima con calle 17. Igualmente, con la publicación durante seis años de *Tercer Mundo. Gaceta Mensual*, que circuló entre 1964 y 1970, y con la creación de la Fundación Tercer Mundo para el Desarrollo Humano, además del patrocinio de un frustrado premio nacional de novela y ensayo en 1966. Desde ese amplio proyecto de agitación cultural en que se convirtieron,

también propusieron los *Debates Nacionales Tercer Mundo*, una iniciativa con la que pretendían que “la élite de pensamiento de Colombia se exprese y tenga resonancia nacional e internacional: sabemos que este es un empeño quijotesco; pero vamos a atacarlo de frente, con fe en el destino de Colombia”. Y fueron tan ambiciosos, que también abrieron la Pequeña Galería Tercer Mundo con el propósito de promover el arte de vanguardia, una acción que comenzó en 1964, cuando expusieron seis lienzos que Alejandro Obregón envió desde Barranquilla.

A pesar de esos esfuerzos, con el paso de los años Tercer Mundo estaba cada vez más distante de su tiempo de esplendor, años en los que la industria del libro en Colombia enfiló sus baterías hacia la exportación (entre mediados de los años ochenta y principios de los noventa) y la editorial llegó a exportar más de un millón de libros en ocho años. Así pues, pese a querer consolidar un proyecto de largo aliento cuya bonanza se dio a principios de los noventa, la crisis económica que afectó al sector librero latinoamericano hizo que Tercer Mundo liquidara su sociedad en 2001, año en el que el catálogo alcanzaba alrededor de 1600 títulos, contando ediciones e impresiones. En definitiva, se trató de una empresa que abrió el camino para la edición colombiana de libros cuyo quehacer comprendió toda la



Con Rodrigo Arenas Betancourt y Pedro Nel Gómez. Foto tomada en diciembre de 1977, en acto de apoyo al candidato.

cadena de producción y distribución, con un proyecto intelectual coherente, pero que entendía que la parte comercial era fundamental para la consolidación y el posicionamiento de la editorial.

No sobra advertir que bajo ese sello aparecieron publicados algunos de los numerosos libros del propio Belisario: *Base para un gobierno nacional: Colombia cara a cara*; *El cruce de todos los caminos*; *El rostro anhelante: imagen del cambio social en Colombia*; *A pesar de la pobreza*; *Desde el alma del abedul*; *Ante la universidad*, en coautoría con Álvaro Gómez Hurtado y Hernán Jaramillo Ocampo, y los cuatro que publicó en 1970: *De la miseria a la esperanza*; *La ayuda externa*; *¡Despierta, Colombia!*; *Populismo*, entre otros. En estas publicaciones, especialmente en la primera, él deja ver su distanciamiento ideológico del laureanismo, pues, a diferencia de sus

copartidarios doctrinarios que creían que el Frente Nacional marchaba mal por compartir el gobierno con los liberales y con el ospino-alzatismo, él batallaba por mantener dinámica esa estrategia de reconciliación nacional.

3. Un expresidente humanista

Al dejar la Presidencia el 7 de agosto de 1986, anunció que se iba a refugiar en el mundo de las letras, del que decía que era la esencia máxima de su vida, a la vez que se definió como un escritor de versos cortos y largos que gozaba cultivando la amistad con poetas, artistas e intelectuales como Rodrigo Arenas Betancur, Fernando Botero, María Mercedes Carranza, David Manzur, Jorge Rojas y Gloria Zea, entre otros. En ese sentido, con razón se ha dicho que después de ejercer la Presidencia de la República por cuatro años, Belisario: ejerció maravillosamente



Max Henríquez. Archivo vertical, Sala Antioquia.

la magistratura de expresidente de Colombia por treinta y dos años⁵. Eso sí, manteniendo siempre muy presente su condición de expresidente, de tal manera que, como afirmó el exministro Augusto Ramírez Ocampo, uno de sus más estrechos colaboradores, él supo: llevar con una dignidad ejemplar su sabio retiro de la política activa, pero sin descuidar sus deberes esenciales con la República. Siempre está dispuesto a contribuir con su don de consejo y su experiencia cuando le es demandado⁶. Así, por ejemplo, siempre mantuvo disponibilidad para asistir a las sesiones de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores, un cuerpo

⁵ Caballero Argáez, Carlos y Pizano Salazar, Diego. (2019). *Sin límite. Conversaciones con Belisario Betancur*. Bogotá: Uniandes.

⁶ Pizano, Diego. (2009). *La penitencia del poder: lecciones de la administración del presidente Belisario Betancur, 1982-1986*. Bogotá: Uniandes.

del que, en calidad de expresidente, era miembro de pleno derecho.

Entre su retiro en 1986 y su muerte en 2018, Belisario se dedicó esencialmente a ser un mecenas del mundo de la cultura, y por eso decidió apoyar un conjunto de actividades que desde muy joven constituían su verdadera esencia y a las cuales había dedicado gran parte de los esfuerzos de su vida. Así, por ejemplo, en su último libro, publicado en 2017 titulado *Canoa*, el expresidente recordó que: “Entré en la lectura, a los cuatro años de edad, guiado por maestros semianalfabetos que entretenían al niño en posadas de arriería a la luz de un candil, mientras mi padre ataba a su hijo a la retranca de la enjalma para trepar por los caminos sinuosos, y cuidaba la mulada y las muchachas de las fondas”. Pese a ese comienzo en las letras, que podríamos denominar rústico, es indudable que, a lo largo de su vida, Belisario se destacó como un consumado escritor, un hombre que amaba las letras con un amor tal que eso lo llevó desde muy joven a colaborar en infinidad de publicaciones periódicas, inicialmente en Medellín, escribiendo para el suplemento Generación de *El Colombiano* y luego para otros medios, como *La Defensa*, *Jerarquía*, *Semana*, *El Siglo* y *El Tiempo* en Bogotá.

En este mismo sentido, hay que recordar que desde muy joven quiso incursionar en la literatura con su fallida

novela *Carbón*. Posteriormente, concluidos sus estudios de derecho, incurrió en la factura de algunos poemas, una realidad que aceptaba con el pudor de quien revela un pecado y afirmaba que por medio de un vigoroso esfuerzo los había borrado de su memoria. Sobre este particular, la poeta María Mercedes Carranza, una de sus grandes amigas, decía de Belisario que: “siendo tan sociable, amigüero, descomplicado como es Betancur, en su calidad de poeta se transfigura en alguien escéptico, tímido y encogido. No hay modo siquiera de que muestre sus versos y si se atreve, lo hace como pidiendo perdón”.

Buena prueba de lo significativa que era para él la poesía es que fue un lector impenitente de muchos

poetas, una afición que lo llevó a deleitarse con las composiciones ajenas de las que era capaz de retener mil estrofas, pues era prodigiosa la manera como recordaba poemas de diversos autores en español y en otras lenguas. Así pues, era reconocido por la capacidad declamar de memoria poemas enteros de León de Greiff y de otros poetas de aquí y de más allá. Luego, en los años cincuenta, aprovechando la formación humanística que había adquirido en el seminario de Yarumal que le dio acceso a las lenguas clásicas, se convirtió en traductor de poetas desde el inglés y el francés, una actividad en la que incursionó mientras trabajaba en *El Siglo*, donde se unió a Bernardo Ramírez, uno de los pocos que le hablaron al oído, y quien solía contradecirlo, para traducir y dar a



Belisario Betancur acompañado de Tartarín Moreira y don Upo. Archivo vertical Belisario Betancur. Sala Antioquia.

conocer en nuestro país al pensador católico Pierre Teilhard de Chardin, al bardo ruso Boris Pasternak, al poeta griego Constantino Cavafy, al galés Dylan Thomas, al alemán Bertolt Brecht e incluso los poemas del líder de la revolución china, Mao Zedong, los cuales vieron su obra vertida al castellano gracias al empeño y entusiasmo de Belisario. También de esa época de grandes y apasionadas lecturas, él recordaba con mucho orgullo:

Tuve el privilegio de traducir por primera vez al español al más grande poeta africano contemporáneo, hace diez años presidente del Senegal, doctor Leopold Sedar Senghor, cuya rectoría en el pensamiento africano he seguido de cerca en sus varias decenas de libros sobre “La negritud”, y he verificado en universidades senegalesas.

El inexorable paso del tiempo desnudó para la posteridad esta cara del

polifacético mandatario. Es que años más adelante, en el atardecer de su vida, se conoció la obra poética de este antioqueño emprendedor y perseverante. Así es, su pasión por escribir poemas se hizo pública en 1993, cuando se atrevió a divulgar su primer trabajo en la revista Golpe de Dados, dirigida por su amigo Mario Rivero. Luego, en 2004 y bajo el sello Villegas, publicó parte de su obra poética con el título *Poemas del caminante*, un texto que nació casi contra su voluntad y que obedeció a la obstinación de sus dos grandes amigos, los bardos Mario Rivero y María Mercedes Carranza. Esa misma colección de poemas apareció el mismo año en una edición de lujo de solo 350 ejemplares, de los cuales los primeros 100 iban numerados y firmados por el autor.

Pero su amor por las letras también se expresó en otras tres facetas: fue



Archivo vertical Belisario Betancur. Sala Antioquia.

un destacado editor, un entusiasta librero y un bibliófilo consumado. Así lo reconoció él mismo en el discurso que pronunció en la Academia Colombiana de la Lengua en agosto de 2000, ocasión en la que, evocando los días de su infancia, sostuvo:

Eran libros placenteros, aunque no siempre fueran plácidas las situaciones que narraban; libros que se hacían querer y se hacían leer, casi eróticamente, por la voluptuosidad de las láminas de ilustración y de descanso. Quizá esté allí y en la pequeña colección Araluce de los clásicos griegos y latinos que en los años treinta enviaría a las más remotas aldeas el ministro de Educación Luis López de Mesa, la explicación de que el niño lector de aquellos volúmenes y de las ediciones prohibidas que me alquilaban (a centavo el día) los líderes ateos de mi pueblo, esté hablando ahora de libros, como autor, como lector y como editor, ante la docta Academia Colombiana de la Lengua.

Belisario también fue un reconocido bibliófilo que acumuló una colección de 20.000 volúmenes de obras de muy diverso género y que reposaban en las amplias bibliotecas que mantenía con celo en su oficina de la Academia Colombiana de la Lengua y en sus residencias de Bogotá y Barichara. Con entusiasmo recorría sus páginas para releer autores que eran sus amigos silenciosos y entre los cuales sobresalían la poesía

y las ediciones facsimilares de libros incunables, manuscritos e iluminados, una valiosa colección que, en 2006, con ocasión de los setenta años de fundación de la Universidad Pontificia Bolivariana, su alma mater, le legó junto con buena parte de su biblioteca personal. La donación incluía una colección de ediciones facsimilares del Quijote que él amaba entrañablemente. Ese gesto, en sus propias palabras, lo llevó a cabo en reciprocidad por los múltiples libros leídos cuando fue estudiante en ella y porque esa Universidad lo recogió, acogió y educó. Años después entregó otros de sus libros a la biblioteca pública del municipio de Barichara y lo hizo como una manera de honrar a Aquileo Parra, ilustre hijo de esa localidad que da nombre a la institución y que, como él, ocupó la Presidencia de la República.

Otra empresa cultural que asumió como propia y a la que siempre brindó apoyo y ayuda desinteresada fue el Museo de Arte Moderno de Bogotá. Alguna vez Gloria Zea, la directora por muchos años, rememoró lo que significó el apoyo de Belisario para finalizar el tercer y el cuarto piso del Museo, obra para la que le pidió su ayuda durante la inauguración de uno de los salones Atenas que se realizaban con artistas jóvenes. Él se le acercó al oído y preguntó: “¿De cuánto es el sablazo?”, a lo que ella contestó: “Cuarenta millones de pesos”, en ese momento una cifra muy

elevada. A las cuatro de la mañana del día siguiente repicó el teléfono de la mesa de noche de ella. Era Belisario, que le decía: “Doña Gloria, es que ya sé cómo le consigo sus cuarenta millones. Le he ordenado a los cuatro directores de las corporaciones de ahorro y vivienda que le presten el dinero”.

Por otro lado, Belisario aceptó ser representante de la Presidencia de la República en el Consejo Directivo del Instituto Caro y Cuervo, dignidad que ejerció desde enero de 2006 hasta julio de 2018. Por supuesto, se trataba de una representación honorífica, pero que a él debía traerle enormes satisfacciones, no solo por el elevado prestigio de que goza ese Instituto en el concierto nacional e internacional, sino, sobre todo, porque le permitía mantenerse en contacto permanente con uno de los lugares donde con mayor esmero se cultiva su amada lengua castellana.

Finalmente, es indiscutible que su carácter de hombre de letras quedó refrendado con su ingreso como miembro honorario de la Academia Colombiana de la Lengua el 11 de octubre de 1992, una condición que conservó hasta su muerte y que debió ser tan significativa para él, que pidió ser velado en la sede de esa venerable institución y no en el Capitolio Nacional, como es la usanza en caso de muerte de un expresidente o de otro alto dignatario. Pero es que su innata vocación de humanista también le alcanzó para ser llamado a integrar las academias colombianas de Historia y de Jurisprudencia. Igualmente, fue coordinador de las ediciones emblemáticas del V Centenario del Descubrimiento de América.

Su afán por la cultura también lo llevó, por más de veinte años, a dedicar sus energías a otro proyecto crucial: la Fundación Santillana para



Iberoamérica, con sede en Bogotá y nacida en una noche de bohemia junto a su amigo, el empresario español Jesús Polanco, principal accionista del Grupo Prisa, quien en compañía de Francisco Pérez González la había creado en mayo de 1989 con el propósito de promover la presencia activa de la Fundación en Iberoamérica. Así pues, cuando Belisario dejó la primera magistratura, reabrió su oficina de abogado experto en asuntos de comercio exterior, pero ellos le ofrecieron dirigir la Fundación y él aceptó hacerlo a medio tiempo, un cargo que le trajo enormes satisfacciones en la medida en que, después de incorporar a su patronato a personalidades relevantes de la vida colombiana —expresidentes de la República, científicos y creadores culturales—, desarrolló durante más de veinte años un amplio programa cultural en la sede capitalina: casi 200 exposiciones de pintura, fotografía, escultura y presentaciones de libros del más variado orden, y cerca de 150 conciertos de música barroca, clásica, contemporánea, colombiana y latinoamericana, así como presentaciones corales. Además, se llevaron a cabo cerca de 300 conferencias, seminarios, coloquios y talleres sobre diversos temas culturales y científicos. Y gracias a sus contactos, en su sede estuvieron personalidades como José Saramago, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Susan Sontag, Rosa Montero, Marcela Serrano y Sergio Ramírez,

quienes, por supuesto, eran amigos del anfitrión. La mayoría de esas actividades se realizaban con entrada libre, procurando así que la mayor cantidad de público interesado tuviera la oportunidad de vivir la cultura de primera mano.

Ricardo Zuluaga Gil

Abogado, especialista en Derecho Administrativo (UPB - Medellín), en Derecho Constitucional y Ciencia Política (CEPC - Madrid), doctor en Derecho (Universidad de Salamanca - España). Fue decano de la Facultad de Derecho de la U. de San Buenaventura (Cali) y director del Departamento de Ciencias Jurídicas de la U. Javeriana (Cali). Profesor de posgrados en una veintena de universidades del país. Actualmente docente en la Universidad de Antioquia. Miembro de número y vicepresidente de la Academia Antioqueña de Historia y también Miembro de número y vicepresidente de la de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica.